



# **La Historia jamás contada**

por

**Gloria Corrons de Bonne**

## G O D O F R E D O, *La Locura*

Los Visigodos, 460 d.C.



Sus hijos habían nacido allí, en un clima mucho más suave y una tierra más luminosa y pródiga, en aquel lugar todo era diferente, los bosques, los pájaros, y también la época de la siembra y de la recolección. Los usos eran otros y otro también el ritmo de vida. Se daba cuenta de que todo lo nuevo que obtenían y lo antiguo que perdían en la nueva tierra, les iba alejando de sus costumbres y que ya no eran el pueblo austero y melancólico que vivía en las orillas del Danubio. Godofredo y su familia formaban parte del ejército de ocupación visigodo en la Península Ibérica y aunque vivían

unidos a los hispanos, que constituían la mayoría de la población del país, ambos pueblos estaban separados por profundos odios. En su calidad de vencedores, los visigodos se repartieron las mejores tierras de los hispanos, quedando la tercera parte para estos. Los propietarios indígenas debían albergar en cada finca a una familia goda, que pasaba a beneficiarse de los frutos de los dos tercios de los campos de labor, y esto, sobre todo en un tiempo de decadencia económica, provocaba grandes recelos por parte de los vencidos. Además y como casi todos los pueblos de raza germánica, ellos eran seguidores de las doctrinas de Arrio, mientras que el resto de la población, era católica, lo que aumentaba la intransigencia y la separación, Pero tampoco el pueblo visigodo pretendía modificar los hábitos de los indígenas del país, que eran mayoritarios y conservaron sus costumbres. Y aunque al invadir Hispania se habían encontrado con una civilización decadente, los invasores eran conscientes de que su cultura era muy superior a la suya Así pues y aunque fomentando un dualismo de religión y de raza, iban transformando poco a poco sus usos y modo de vida asemejándola a la de ellos, y sus hijos nacidos orillas del Mediterráneo se habían habituado pronto al lujo, y a una vida más alegre. Pero Godofredo seguía recordando con nostalgia las tierras del Norte, especialmente desde que había muerto su esposa Segismunda, hacía solamente dos meses.

Solía visitar con frecuencia el cementerio donde estaba enterrada, y aunque iba solo, siempre estaba acompañado de sus recuerdos. Caminaba taciturno entre las sepulturas que se alineaban en las calles, algunas excavadas simplemente en tierra y otras revestidas de obra de albañilería, para detenerse delante de la gran losa de piedra que cubría la tumba de su esposa, donde permanecía largo rato, perdiendo la noción del tiempo

Recordaba que habían colocado su robusto cuerpo dentro de un ataúd de madera, en decúbito y mirando al sol naciente, como era la costumbre entre los pueblos godos. El mismo había cruzado sus brazos sobre el amplio pecho que había amamantado a sus seis hijos y lo había cubierto de joyas, que simbolizaban todo el amor que sentía hacia ella y que le eran ofrecidas en conmovedora ofrenda. Las mismas alhajas con las que su familia había atravesado el Danubio

El trato continuado con los romanos había hecho de los visigodos, uno de los pueblos germánicos más civilizados, Godofredo era un noble culto, con innatas dotes de mando. Era también justo y recto en sus costumbres, por cuyas cualidades era muy querido por los suyos, por eso su inmensa tristeza preocupaba a sus hijos que intentaban distraerle y hacerle olvidar el recuerdo de su perdida esposa. Pero Godofredo no quería olvidarla y se refugiaba en el solitario cementerio para estar a solas con sus propios pensamientos.

Recordaba a Segismunda antes de su penosa enfermedad que había minado su salud poco a poco, cuando aún tenía las mejillas carnosas y sonrosadas.

Le gustaba abrazar el robusto cuerpo de matrona germana, envuelto en una amplia túnica talar, que solía cubrir con una larga estola de lino blanco sobre la cabeza y espalda y que extendida desde el lado derecho del hombro al lado izquierdo dejaba al descubierto sus grandes y exuberantes pechos. Entre ellos él había recostado muchas veces su cabeza, no ya en busca de la pasión de la amante, sino de la ternura de la madre desaparecida hacía tiempo. Y ahora sin el calor del pecho de su amada, se sentía como un niño perdido.

Su pueblo había dejado de ser nómada al aposentarse en las riberas mediterráneas, pero él sentía deseos de volver a su país de nacimiento y revivir entre los brumosos parajes del norte de Europa los días de su juventud, cuando conoció a Segismunda. Aunque sabía que ella ya no estaría allí para esperarle y nada sería como antes, porque Segimunda había partido a ese extraño país de donde dicen nunca se regresa, pero entonces...¿Por que la sentía siempre tan cerca de él y su presencia llenaba todos sus pensamientos?. No podía evitar sentir que sin ella la vida no merecía la pena ser vivida y su amargura era cada día mayor, a pesar de los esfuerzos de sus hijos y de sus amigos.

El invierno estaba próximo y comenzaba a hacer frío, un manto de pieles cubría su corta túnica ceñida al talle por un cinturón rematado por una recia hebilla de oro macizo, que servía también para sujetar los largos calzones que protegían sus piernas. Su larga cabellera color de trigo se confundía con su también larga y espesa barba Aunque ya no era joven, Godofredo conservaba la esbeltez y la fortaleza física de sus años jóvenes y puesto que los matrimonios entre individuos de distinta religión estaban prohibidos por las leyes de la Iglesia, más de una hispano romana al verle, había deseado pertenecer al pueblo invasor para poder desposarle y consolarle en su dolor. Pero Godofredo no pensaba en mujer alguna que no fuese la que había perdido, y así, sumido en profunda tristeza pasaron los días uno tras otro y estos pronto se convirtieron en meses y después en años. El noble visigodo envejeció rápidamente en aquella soledad auto impuesta, a la que nadie, excepto sus recuerdos tenía acceso, y poco a poco dejó de interesarse por las cosas materiales. Sus hijos fueron casándose y él repartió entre todos las viñas, las huertas, los olivares, los campos de cereales, y todos los demás bienes acumulados de la explotación de las tierras a los hispanos. Después se hizo construir una pequeña casita cerca del cementerio y delante de la tumba de su esposa pasaba la mayor parte del día. Al principio sus hijos iban a visitarle a menudo e intentaban devolverlo a la realidad, pero poco a poco se dieron cuenta de que su padre hacía ya mucho tiempo que no deseaba vivir en el mundo real, y espaciaron sus visitas en vista de la inutilidad de sus esfuerzos. Godofredo llegó a obsesionarse de tal forma con el recuerdo de su esposa muerta, que comenzó a hablar imaginariamente con ella a todas horas como si aún estuviese viva, hasta

que todo el mundo acabó por creerle loco y sus hijos dejaron de visitarle definitivamente.

Una noche el cielo se llenó de resplandores de tormenta. Godofredo se despertó con el estruendo de los truenos y en su demencia, le pareció que era su amada Segismunda que lo llamaba con su voz recia y sonora. Se levantó con rapidez y olvidándose incluso de protegerse de la lluvia que caía a torrentes salió de su casa. Con pasos vacilantes atravesó la escasa distancia que lo separaba del cementerio y se dirigió ansiosamente al lugar de la tumba de su amada, en aquel instante otro trueno más cercano pareció estremecer la tierra hasta sus más profundos cimientos y a su mente enferma le pareció escuchar la siguiente suplica dirigida a él, en la voz de Segimunda:

*.- Godofredo, esposo mío, estoy encerrada en esta lúgubre fosa desde hace tanto tiempo... deseo volver a ver la luz del sol y el resplandor de la luna y de las estrellas... deseo embriagarme de nuevo con las esencias de las flores y escuchar el canto de los pájaros en el bosque, pero sobre todo, lo que más deseo, es volverme a mirar en tus azules ojos, que son una réplica exacta de los ojos de todos mis hijos, a los que tanto añoro... Godofredo, por piedad, aparta esta pesada losa que me impide salir de aquí, y libérame de este encierro que sufro desde hace años...*

Los relámpagos seguían iluminando el horizonte y Godofredo confundió los truenos que cada vez se escuchaban con más frecuencia con los intermitentes sollozos de su esposa. Sin pensarlo ni un minuto y preso de una enfermiza desesperación, intentó apartar la piedra que cubría la sepultura. Pero aunque era un hombre fuerte, nunca hubiera podido lograrlo si la misma ansiedad no hubiese prestado una inusitada fuerza a sus brazos. Tardó bastante rato en conseguir su propósito, el sudor del esfuerzo se mezcló con la lluvia y resbaló por su rostro surcado de arrugas que la amargura había ido marcado durante tantos años de sufrimiento.

Al fin la piedra cedió y Godofredo vio de nuevo frente a sí el ataúd de madera que encerraba el cuerpo de su esposa. Los truenos parecían haber enmudecido de repente y en medio de aquella calma inesperada se dio cuenta con terror que la caja estaba abierta. Entonces vio sus manos, intactas, blancas como el mármol, que se agarraban aún crispadas sobre la tapa carcomida y descubrió de repente el porque de su incapacidad de resignarse ante la evidencia de la muerte. Aquel espíritu atormentado lo había perseguido día y noche trasmitiéndole toda su angustia y toda su desesperación, porque...y entonces lo comprendió con horror...!Segismunda había sido enterrada viva!...Y aquel descubrimiento que podía haber enloquecido a un cuerdo, hizo que su mente recuperase la lucidez perdida.



**YAKIMOTO, *Las Lágrimas***  
Japón, 600 d. C.



Sus manos parecían haber nacido unidas a la aguja y a los hilos de colores, sabían completar el efecto de un bordado con el pincel y también pintar la tela y complementarla con el bordado, y sus ágiles dedos parecían conocer ya desde siempre la máxima simplicidad, aliada de una manera desconcertante con una fantasía inagotable, a la que añadía un agudo espíritu de observación, una gracia llena de madura ironía y una vivacidad

peculiar casi infantil. La dueña de aquellas manos se llamaba Yakimoto y era bordadora en el palacio del Emperador. Aunque vivía en el Japón, su abuela había venido de la China para enseñar a bordar a las mujeres de la corte, y allí se casó con un hombre del país. Sus orígenes no eran un caso excepcional, porque desde hacía muchos años el Japón había vivido bajo la influencia cultural de China y los emperadores adoptaron su ceremonial hasta convertirse en un estado en funciones según el modelo chino, considerando al país entero como de su propiedad.

Yakimoto tenía el honor de ser la encargada de confeccionar el atavío ceremonial para la corte imperial, que consistía en grandes túnicas bordadas de grifos, superpuestas unas sobre otras y todas ellas recubiertas de tanta pedrería, que hacían mover el divino cuerpo del llamado Hijo del Cielo con lentitudes de ídolo, en sus antesalas de oro de palacio.

La joven se pasaba el día bordando en sus habitaciones, asociando el oro y la plata a los puntos de la seda, unida como pinceladas, y creando como por arte de magia todo un mundo de flores, frutos, pájaros, mariposas, y paisajes enteros de delicada luz, de agua irisada o en calma, árboles inclinados por el viento y lontananzas brillantes o brumosas...

Apenas si salía a la calle, ya que todo su mundo estaba dentro de las formas, los colores y la luces que sus maravillosos dedos daban vida sobre las delicadas sedas, a los que sabían imprimir una perspectiva tal de relieve y realidad, que a veces a ella misma le parecía poder introducirse dentro de sus propias fantasías bordadas y pasear alegremente por los senderos bordeados de cerezos e incluso oler las fragancias de sus ramas en flor.

No se daba cuenta de que aquel mundo que creaban sus manos, era su propia alma materializada sobre la seda y que cada mañana cuando comenzaba su labor, se reencontraba con sus sueños, sus deseos y sus ocultas tristezas que sobre las telas la aguardaban impacientes.

Yakimoyo era de pequeña estatura, cabeza redondeada y rostro ovalado, la nariz breve y la boca diminuta. Su piel tenía la textura y el color del marfil y su pelo con reflejos de azabache, caía partido por una raya, lacio y suelto rozando sus rodillas, cubriéndola como un manto de noche sin luna.

Ya tenía dieciocho años y aunque todavía era joven, no lo era tanto como para permanecer soltera. Había estado prometida por sus padres a un joven de noble estirpe, pero el compromiso se deshizo al ponerse éste al servicio del Emperador y hacerse samurai, aunque ella nunca había comprendido la decisión de Thai-shu, porque le amaba y creía ser correspondida por él.

Recordaba bien la palabras del joven cuando se despidió aquella tarde de primavera en la que todo el campo parecía estar envuelto por los colores de los ciruelos: *Amada mía, hoy vengo a verte por última vez...no te extrañes de mis palabras ni te entristezcas al oírlas, porque aunque te dejo, sólo lo hago para ir en busca de mi verdadero destino. Me he dado cuenta de que mi ideal es consagrarme en alma y cuerpo a mi Señor y de ahora en*

*adelante solamente por él y para él viviré, y en mi código de honor como guerrero de caballería, esta excluida hasta la mujer que quiero, porque no puedo compartir a mi amo con nadie.* -

Yakimoto le miró, sentía gran dificultad por comprender sus palabras. También su indumentaria le parecía extraña, ella nunca le había visto vestido así...llevaba una sobrepelliz, cuyas dos amplias alas se desplegaban sobre los hombros y unos pantalones holgadísimos que le llegaban hasta los tobillos, con muchos pliegues. Le parecía estar hablando con un desconocido y hasta le daba miedo mirarle, y mucho más escuchar lo que le estaba diciendo. Yakimoto sabía que los samurais despreciaban la muerte, pues saben que ésta puede llegar en cualquier momento y que si faltan a las reglas del código de honor, tienen que pagar sus culpa con el suicidio ritual, el *harakiri*. Por eso los samurais habían adoptado para representar su vida breve, pero gloriosa, a la flor del cerezo. Y una flor de cerezo fué lo que el joven le ofreció como despedida, a cambio de sus sueños de juventud, dando así por terminada la relación con su prometida. Desde entonces ella bordaba sin cansarse nunca, y tal era la perfección de las telas que salían de sus manos, que su fama se extendió hasta palacio, convirtiéndose en la bordadora de la corte. Y así día tras día, la joven reencontraba sus sueños perdidos en el misterioso embrujo de sus bordados, porque había conseguido transformar su amor en arte, y dejaba pasar las estaciones del año una tras otra, concordando los colores de cada indumento con los colores del campo que alcanzaba a ver desde su ventana... Colores de ciruelo en primavera, de azaleas en verano, de crisantemos amarillos o blancos en otoño, de troncos de pinos y hojas secas en invierno. Y así, solo por eso, se daba cuenta de que el tiempo pasaba

El joven samurai salió del Palacio al amanecer montado en su caballo, llevaba una pesada armadura sobre su indumento habitual, consistente en un casco, coraza, arco, hacha y como buen japonés consideraba como una verdadera joya y casi como a un dios, el sable que ceñía en su costado.

Desde que entró al servicio de su señor Sho-Toku, no había vuelto a acordarse más de Yakimoto, pero el día anterior reconoció en la vestidura escarlata del Emperador, los bordados creados por las manos de la joven, y como si pudiera leer en ellos como en un libro, el joven samurai comprendió que la muchacha no le había olvidado y continuaba viviendo su historia de amor entre los hilos tornasolados de la seda y esperaba su vuelta. Nunca le había explicado el porque de su repentino cambio, y aquello le hizo reflexionar sobre si tal vez debía revelarle la verdadera imagen de si mismo, para que ella pudiese librarse de su recuerdo y olvidarle para siempre.

El viento azotaba su rostro mientras galopaba debatiéndose entre estos pensamientos. Nadie sabía su secreto, y nadie debería saberlo nunca, ni



siquiera su propio Señor, por el que estaba dispuesto a dar la vida y que además, era la causa y la razón de su propio destino.

Galopó sin rumbo durante toda la noche, hasta que las primeras luces del amanecer comenzaron a teñir de púrpura el horizonte, entonces, se detuvo y contempló la silueta del gran volcán que como un gigante aparentemente dormido amenazaba siempre despertar en cualquier momento. Sin descabargar del caballo, permaneció observando el hermoso cuadro que se ofrecía ante su vista durante largo rato, pensó que pronto llegaría la estación de las lluvias, y que durante meses el agua no dejaría de caer del cielo enriqueciendo los abundantes manantiales para llegar finalmente hasta aquel mar tan bello y peligroso rodeado de escollos, que protegían las costas con la misma fiereza y amor, como él protegía a su Señor.

Pero él ya no estaría allí para verlo. Había tomado una decisión, le confesaría a la joven el porque de su abandono, le diría que no había sido el ideal de virilidad y valentía lo que había impulsado a consagrar su vida a su amo, sino un incontenible impulso de amor hacia él, que superaba todo lo que jamás hubiera podido sentir por ella, un amor inconfesable y vergonzoso que toda la vida debería llevar oculto tras una máscara. No sabía cuando había comenzado a sentirlo, pero lo cierto es que un día se dio cuenta de que ya no le era posible vivir sin su amo y que la única forma de estar a su lado, ya que su Señor jamás podría corresponder a sus ocultos sentimientos, era convirtiéndose en su fiel perro guardián. Si, se lo confesaría todo y después moriría gloriosamente clavándose su propio sable en el corazón, porque no podría sobrevivir a la vergüenza de que alguien conociese su secreto. Encontraría en la muerte toda la dignidad que había perdido en la vida. Cumpliendo el sagrado código del honor, sería fiel a si mismo y le devolvería a ella la paz y la libertad.

Yakimoto, dejó de bordar con los ojos arrasados en lágrimas, acababa de vivir entre los pliegues de la seda el final de su historia de amor. Retocó con los pinceles la figura del apuesto samurai con el sable atravesando su vientre delante de una joven que llora desesperadamente, y abandonó la túnica sobre un cojín de seda, después se acercó a la ventana y contempló como los cerezos comenzaban a florecer. Día a día mientras bordaba, había ido viviendo su propia vida, introduciéndose con su espíritu entre los personajes que sus propias manos inventaban sobre la tela, pero aquel día había sido el último, ya no bordaría nunca más, no quería saber si todo lo que habían creado sus dedos era ficción o realidad, porque fuera lo que fuese había terminado para siempre. Una nueva vida la esperaba tras los muros de aquel palacio, allí donde florecen los cerezos. Sonriente y con pasos decididos salió de la habitación, dejando llorando encima del cojín a la joven bordada en hilos de colores. El pasado acababa de morir entre sus lágrimas de seda.

## EINAR, *La Mitología*

Los Vikingos, 878 d.C.



La nave vikinga estaba a punto de echarse a la mar, era una embarcación ligera y ágil, pero a la vez robusta, adaptada a la exigencia de rápidos desplazamientos por mares no demasiado tranquilos. Estaba ricamente tallada y en la proa, en forma de serpiente recortada, un puente móvil con una cobertura de tela guarecía a los hombres de las salpicaduras del mar y servía de escudo protector contra las ofensivas enemigas. Un mástil de madera de pino, levantaba una gran vela cuadrada, cubierta de extraños dibujos de vivos colores.

Einar la miraba orgulloso desde la playa y sus ojos, que parecían copiar el color del cielo, brillaban de orgullo. Su nave era lo único que amaba en éste

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

